

HERMENÉUTICA DE LA OBRA PICTÓRICA “CURANDO ENFERMOS” (1964) DE IVÁN BELSKY

Hermeneutics of Paintings “Healing the sick” (1964) Ivan Belsky
Hilvimar Camejo Ochoa

RESUMEN

Desde la Hermenéutica Simbólica abordo la medicina dentro de la cultura. Analizo mediante la pintura Curando Enfermos (1964) de Iván Belsky. Comienzo con el contexto histórico-social de la obra, y la vida del Dr. José Gregorio Hernández, partícipe de grandes transformaciones epistemológicas de la salud y de la enfermedad. Asimismo, expongo diversas particularidades de la vida del artista. Seguidamente, procedo a la hermenéusis a través de la “amplificación de la imagen”, siguiendo la Teoría del Inconsciente Colectivo de Carl Jung, describiendo la imagen pictórica, y el simbolismo de los personajes. Se identifican los “arquetipos” que representan el imaginar, pensar, sentir y comportarse del individuo y de la sociedad, considerando las imágenes arquetipales del médico a través de los dioses relacionados con la medicina o con el acto de curar dentro de la mitología griega: Apolo, Quirón y Asclepio, que han sobrevivido en el inconsciente colectivo.

ABSTRACT

From Hermeneutics Symbolic medical board within the culture. I analyzed by the painting Curando Enfermos (1964) by Ivan Belsky. Beginning with the historical and social context of the work and life of Dr. Jose Gregorio Hernandez, a participant of great epistemological transformations in health and disease. Also, I discuss various characteristics of the artist's life. Then I proceed to the hermeneusis through the "image magnification", following the theory of the collective unconscious of Carl Jung, describing the pictorial image and symbolism of the characters. The "archetypes" representing imagine, think, feel and behave the individual and society are identified, considering the archetypal images of the doctor through the gods related to medicine or the act of healing in Greek mythology: Apollo, Chiron and Asclepius, who survived the collective unconscious.

Key words: Medicine, Hermeneutics Symbolic, Collective Unconscious.

Hilvimar Camejo Ochoa: Economista de la Universidad de Carabobo (Venezuela), Magíster en Finanzas Corporativas de la Universidad de Barcelona (España). Profesor Ordinario e Investigadora de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Cursante del Doctorado de Ciencias Sociales Mención Estudios Culturales de la Universidad de Carabobo.

Artículo recibido en febrero 2014 y aprobado en marzo 2014.

Consideraciones previas

La hermenéutica como arte considera que los hechos constituyen símbolos que merecen interpretarse en lugar de solo describirse y/o explicarse de manera objetiva. Por ende, la labor de hermenéusis no tiene fin, pues no existe la verdad absoluta sino que la hermenéutica plantea su propia verdad deconstruyendo los hechos para luego reconstruirlos de una forma diferente. Con este ejercicio hermenéutico planteo desprenderme de mi tiempo y de mis juicios personales para intentar lograr una simultaneidad con la obra pictórica de referencia y su propio autor.

Me apoyo en la Teoría del Inconsciente Colectivo de Carl Jung, donde las imágenes primordiales o arquetipos desempeñan un rol fundamental como patrimonio heredado a la humanidad. En este sentido, tal y como afirma Espinoza (2011): “El inconsciente colectivo es una hipótesis de trabajo teórica y psicoterapéutica que parece estar constituida, entonces, por motivos e imágenes primordiales, razón por la cual los mitos de todas las naciones son sus exponentes naturales y sus proyecciones culturales” (p. 61).

De hecho, estas imágenes primordiales o arquetipos se relacionan con las figuras mitológicas que se observan ampliamente en la mitología griega, quizás el mayor catálogo de posibilidades humanas. Por ello pertenecen a toda la raza. Además representan ciertos elementos distintivos de nuestra primitiva Psique, “las verdaderas, pero invisibles raíces de nuestra conciencia” (Jung, citado por Celis, 2001: 21).

Por tanto los arquetipos, como estructuras innatas representan el imaginar, pensar, sentir y comportarse del individuo y de la sociedad. Se manifiestan colectivamente como rasgos de todos los pueblos y de todas las culturas. A nivel personal, como patrones de pensamiento o conducta comunes a toda la colectividad en todos los tiempos y lugares (Celis, 2001).

Con estas consideraciones me propongo recurrir a la hermenéutica simbólica para que sustente la aproximación a la obra escogida como expresión de los mitos o símbolos que habitan en nuestro inconsciente colectivo como pueblo. Por tratarse de una obra pictórica que aborda la temática de la medicina y cuyo protagonista en un ícono venezolano, el doctor José Gregorio Hernández, consideré las imágenes arquetipales del médico a través de los dioses de la medicina en la Grecia clásica.

José Gregorio Hernández: Tiempos de Enfermedad y Avances Médicos

Desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX, las medidas sanitarias en Venezuela se concentran principalmente en la lucha contra la tuberculosis y la malaria, principales causas de mortalidad en el país para entonces. En esos tiempos se produjo un cambio sustancial en la demografía del país y en el perfil epidemiológico, se modificaron las tasas de mortalidad, natalidad y esperanza de vida del venezolano. La lucha contra el

paludismo, la tuberculosis, la diarrea infantil y las parasitosis intestinales fue ampliamente ganada en un tiempo relativamente corto, con la incorporación de adelantos científico-técnicos en el área médica. Ello provocó un cambio cultural y económico sin precedentes en la historia republicana (Arteta, 2006).

Hurgando en esta historia es posible encontrar los antecedentes, alianzas e intereses económicos y sociales, que permitieron en esa época, a la industria petrolera en conjunto con el Estado Venezolano, formar y organizar recursos humanos de manera amplia en una nueva concepción de la salud, el saneamiento ambiental y la salud pública, más allá de los simples conceptos de higiene. Varias generaciones de médicos fueron testigos de estos acontecimientos, fueron ellos los primeros en ser formados en Europa y Estados Unidos, con el apoyo de las becas de la Fundación Rockefeller y del Estado Venezolano. Generaciones estas que en las décadas siguientes protagonizaron este proceso epistemológico de la salud (Arteta, 2006).

En Europa y Estados Unidos se atravesaba por un estado de positivismo científico en el que toda ciencia debía abocarse al conocimiento de las relaciones de causa-efecto que producen los fenómenos naturales. La realidad se puede medir, comprender y predecir a través de leyes, las cuales a su vez deberán ser corroboradas por los sucesivos experimentos que se realicen. Estos postulados positivistas fueron predominantes y las doctrinas médicas siguieron la misma orientación, condenándose cualquier especulación no-científica en el campo de la medicina. Es así como esta ciencia-profesión comienza a ejercerse de un modo más científico y, por tanto, más independiente de la habilidad o la experiencia de quienes la practican. Este nuevo paradigma generó grandes avances médicos, los cuales comenzaban a dar una esperanza a la cura de cada vez mayor cantidad de enfermedades. Ocurrieron grandes transformaciones epistemológicas de la salud y de la enfermedad, gracias a los inventos y descubrimientos en el campo de las ciencias biológicas y médicas (Papp y Agüero, 1994).

El doctor José Gregorio Hernández (1864-1919), el médico más emblemático de Venezuela, participó de estos procesos. Obtuvo su título profesional en la Universidad Central de Venezuela (1888). Después de graduarse, el gobierno venezolano le concede una beca para realizar estudios de postgrado en París para especializarse en Microbiología, Histología Normal, Patología, Fisiología y Bacteriología. En 1891 regresa y comienza su actividad como docente en la Universidad Central de Venezuela, actividad que basaba en lecciones explicativas, de observación y de experimentación, por lo cual se le considera el impulsor y precursor de la verdadera docencia científica y pedagógica en el país. Inclinado por una vocación sacerdotal, en varias ocasiones intenta dedicarse a la vida religiosa e ingresa en diversos órdenes en Europa y en Venezuela, pero la vida dura y de privaciones, propia de esta labor, hacía que se enfermara, regresando a la vida laica con fuertes problemas de salud que, posteriormente, lograba superar.

Tal como afirma Briceño (2005), el doctor Hernández fue reconocido durante su

trayectoria profesional como “El Pasteur venezolano”. Fue el primer venezolano en realizar investigaciones microscópicas, cultivos bacterianos y prácticas de vivisecciones. A él se debe la introducción del microscopio en Venezuela. Gracias a sus trabajos, la ciencia médica venezolana entró de lleno en una etapa de verdadero renacimiento. Era conocido por sus contemporáneos por su singular talante científico, de gran maestro y de médico especialmente sagaz en el diagnóstico, pero sobre todo, por su fina sensibilidad. Asistía a enfermos sin importarle hora o distancia, cumplía por igual con quienes tenían o no dinero para pagar sus servicios, razón por la cual se le consideraba como el “médico de los pobres”.

En 1919 José Gregorio muere arroyado por un automóvil en Caracas. La noticia de su muerte fue transmitida rápidamente por toda la ciudad y gran cantidad de personas se presentaron a ofrecerle sus últimos honores. A partir de entonces, la veneración surgió espontáneamente en la población. Después de su muerte, se le han atribuido numerosos milagros de sanación de enfermedades. Esta gloria de sus favores trasciende las fronteras venezolanas y se extiende a otros tantos países latinoamericanos. En 1949 se inicia el proceso para su beatificación y canonización. En el año 1986 es declarado Venerable por el Papa Juan Pablo II. Para que pueda ser declarado “Santo” se necesita primero un milagro probado que lo declare como Beato.

Los 56 años que vivió José Gregorio Hernández, su trayectoria como médico, docente, investigador, religioso y la insólita circunstancia de su muerte, han legado a los venezolanos una gran devoción. Se le considera uno de los personajes más populares entre los venezolanos. Prueba de ello es la variedad de retratos, estampas e imágenes que hay de su figura en los hogares, a lo largo y ancho del país. Se le dedican rezos y se le hacen solicitudes. Miles de personas le dan las gracias por favores recibidos. El joven estudioso del siglo XIX, el sabio y religioso del siglo XX, ha comenzado el camino para ser el primer santo de los venezolanos en el XXI (Alegría, 1970).

La imagen de José Gregorio Hernández es también un icono de la cultura popular venezolana, siendo representado comúnmente erguido, vestido con traje y corbata negra y con las manos cruzadas en la espalda. Su pueblo natal, Isnotú (Edo. Trujillo), fue declarado como Lugar Espiritual de Venezuela y se edificó un Santuario en su nombre. Dentro del Santuario se encuentra una capilla y un pequeño museo, en donde se exhiben muchos de sus documentos y objetos personales, además de 14 obras pictóricas que narran su vida, realizadas por el artista Iván Belsky.

Iván Belsky: El pintor que nace ateo y muere creyente

Nacido en Ucrania, en 1923, desde muy joven comienza su inclinación por la pintura. Con su esposa Nadia, profesional de la medicina, tuvo dos hijos, Gregory e Igor. Se considera como un profesional de tendencia propia e inventada por él pero marcada por las investigaciones que realizó sobre los grandes maestros de la historia, Rubens y

Rembrandt. Vivió en diversos países de Europa entre los que se destacan Austria, Bélgica y Rusia, donde realizó estudios avanzados de pintura y donde obtuvo varios premios y reconocimientos por su extraordinaria obra. También era políglota, dominaba el alemán, el ruso, el italiano, el ucraniano y el español. Con toda esta experiencia acumulada y en búsqueda de mejores oportunidades profesionales llega a Venezuela a comienzos de la década de los 50 (Vinicio, 2001).

Realizó varias pinturas de figuras humanas a caballo que se conservan en la Base Aérea de Maracay. Sin embargo Belsky se caracterizó por ser un excelente retratista y muralista, y esa fue la línea que siguió, elaborando gran cantidad de retratos y murales, principalmente en Caracas, Maracay, Mérida, San Cristóbal y Trujillo. Durante su estadía en Caracas se relacionó con reconocidos pintores venezolanos como Manuel Cabré, López Méndez y Armando Reverón, entre otros. Belsky también fue profesor de arte en la Escuela de Artes Monseñor Contreras en Valera. Asimismo, colaboró en las distintas ciudades donde se residió contribuyendo a la formación de artistas (Vinicio, 2001).

En el año 1957 llega a Mérida y gana el concurso para realizar los trabajos pictóricos del área externa e interna de la Catedral de esa ciudad. Aunque Belsky se auto consideraba ateo, pues afirmaba no creer en Dios ni en santos o vírgenes, en Mérida elabora gran cantidad de pinturas y murales religiosos entre los que se destacan Ángeles y Querubines, los murales de San Francisco y los apóstoles, así como dieciocho personajes religiosos que se encuentran espaciados sobre el techo de la capilla principal de la Catedral, obras todas de gran significado y trascendencia. Entre otras obras de Belsky, en Mérida, se destacan el gran mural en la entrada principal en el Palacio de Gobierno, que representa la ciudad rural, agrícola y estudiantil; la firma de nuestra acta de independencia en el Consejo Municipal y el gran Mural en el salón principal de Corpoandes. Curiosamente, en todos sus grandes murales se retrata o deja estampado el rostro de algún personaje conocido por él (Castañón y Noguera, 1964).

En los años 60 continúa con sus obras religiosas, pues se le encomienda realizar un total de 14 pinturas alusivas a la vida de José Gregorio Hernández en su pueblo natal, donde se albergan actualmente. Entre ellas destacan La Graduación, En la Iglesia, Curando Enfermos y El Arroyamiento. Iván Belsky, el pintor otrora ateo, murió en Toronto (Canadá) en 2003 pasando al otro extremo su tendencia religiosa, pues creía en Dios y en los valores de la Iglesia Católica.

Conociendo su historia y sus obras, podríamos preguntarnos si Belsky en algún momento de su vida, cuando pintaba sus obras religiosas en la Catedral de Mérida o cuando plasmaba la vida del Venerable José Gregorio Hernández, sintió alguna atracción por la religión o alguna creencia en Dios que lo llevó al final de su vida a convertirse al catolicismo. La verdadera respuesta nunca la sabremos, pero podríamos inferir que este singular artista, comúnmente conocido como el pintor de la Catedral y el pintor de José Gregorio Hernández, se dejó llevar por el ambiente religioso católico que le tocó vivir en

Venezuela, en contraste con su ateísmo originario.

Me atrevo a realizar estas consideraciones pues no debemos olvidar que un artista siempre se mantiene en estrecho contacto con la realidad que lo rodea, acercándose permanentemente a ella y penetrando en su interior con el objeto de conocerla en profundidad, en sus propias raíces para luego tamizar, enriquecer y transformar lo que ha contemplado con su particular capacidad perceptiva conjugándolo con sus propias experiencias.

Hay tres hechos curiosos en la vida de Belsky que se relacionan con lo expuesto anteriormente: Aceptó plasmar la vida del doctor José Gregorio Hernández en sus lienzos, su esposa era médico y su hijo Gregory (nacido en Mérida) muere en plena juventud. Estos hechos también nos permiten inferir que al ser la salud, la enfermedad y la práctica médica, procesos de carácter colectivo y social, podríamos asumir, tal y como afirman Marcano y Marcano (2003), que estos procesos en uno u otro momento también han formado parte de la realidad del propio artista, bien sea intra o interpersonalmente, y que ha relacionado con los elementos que constituyen el inventario de su condición creadora para adquirir nuevas formas, para establecer un vínculo entre su mundo y la existencia humana, para asignarle sus propias dimensiones, para ejercer a través de su obra una corriente comunicativa que trascienda lo meramente informativo, impregnada de sentimientos y emociones, cargada de sus propias inquietudes y del poder de su extraordinaria imaginación.

En este sentido, Taine (1882) sostiene que las calamidades que entristecen al público afectan también al artista, que siendo una cabeza en el rebaño, sufre la misma suerte que el rebaño entero y le corresponde su parte en las desgracias populares; que habrá padecido ruina, tormentos y preocupaciones como los demás; que su pareja, sus hijos, sus padres, sus amigos correrán la suerte de los otros, que sufrirá y temerá por ellos y por sí mismo, tales serán los primeros efectos del medio ambiente.



"Curando Enfermos", realizada en 1964. Coleccion Jose Gregorio Hernandez, Isnotu, Edo. Trujillo, Venezuela

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, procederé a elaborar la hermenéusis de una de las pinturas emblemáticas de Belsky sobre José Gregorio Hernández: Curando Enfermos, realizada en 1964.

El escenario de la obra es una habitación de una vivienda rural, probablemente de finales del siglo XIX o principios del XX (es decir, la época en que vivió José Gregorio Hernández). Se trata de una vivienda muy humilde, donde habita una familia con escasos recursos económicos, pues se observa una situación de pobreza que sobrepasa la ausencias de bienes materiales, lo cual se evidencia en la desgastada vestimenta de los personajes y en el ambiente de miseria de la habitación, cuyo piso seguramente es de tierra y las paredes de bahareque. De igual forma, el mobiliario apenas está conformado por dos pequeñas mesas y una cama, todas envejecidas y rústicas. La lencería pareciese ser una sábana vieja y arrugada que alguna vez fue blanca y que cae sobre el piso en uno de los extremos de la incómoda cama. Sobre las dos mesitas también cuelgan unos paños o trapos viejos, igualmente amarillentos, en una de ellas hay además una botella, un vaso de agua a medio beber y un sombrero llanero típico, en la otra mesa se encuentra también una pequeña jarra de barro y un plato hondo, tal vez usado para la preparación de algún remedio casero. Este ambiente de pobreza que se refleja en la obra era típico en la vida de José Gregorio Hernández, quien era considerado “el doctor de los pobres” porque atendía usualmente a los más necesitados sin cobrar por sus servicios.

En esta habitación están presentes once personajes. Sus actitudes y posiciones dentro del cuadro tratan de decirnos algo, nos descubren una realidad que a simple vista pasa desapercibida. Es así como en el interior de la habitación se revela un mundo de vida donde la preocupación familiar por un miembro enfermo y a la vez la esperanza de su sanación puesta en el médico, constituyen el verdadero tema central de la obra.

Adicionalmente, se observa que la luz solar, que entra al parecer por una ventana, ilumina toda la parte derecha de la habitación, lo cual transmite la sensación de calidez que debe existir dentro de la misma y al mismo tiempo nos sugiere una idea de esperanza y fe. La preocupación por el mal acaecido al enfermo y a la vez de esperanza en su curación nos lleva a hacer la analogía que se da en la mitología griega con la caja de Pandora, que contenía todos los males de la vida. De ella salieron todos quedando adentro solo la esperanza. De manera que ante el problema y la adversidad siempre estará en el inconsciente colectivo la esperanza de su solución presente.

Uno de los personajes en el cuadro es la persona enferma (al parecer una mujer), la cual está acostada y arropada en una cama, pues seguramente presenta fiebre, dolor de cabeza y escalofríos. Su rostro revela que su enfermedad la lleva a un estado de malestar general, pues se observa pálida, con ojos entrecerrados y ánimo apagado. Aunque está débil no ha sido consumida por la enfermedad, sino que, por el contrario, es una persona de mejillas robustas, con lo cual podría afirmar que no hay signos en ella de una enfermedad mortal que la lleve a un estado de agonía sino que pareciese presentar una

enfermedad curable. Además el ambiente cálido e iluminado de la habitación y la actitud de los otros personajes, aunque de preocupación, no revelan un estado de desesperanza ni un dramatismo exagerado. Más bien parece sentirse un clima de esperanza que evidencia que existe optimismo en cuanto a su curación.

Un segundo personaje de la obra es una anciana mujer muy encorvada por el paso de los años (o por alguna enfermedad), quien se encuentra a un lado del médico portando en su mano un pequeño frasco, seguramente de alguna medicina prescrita por el doctor. Esta anciana, quizás, se trate de la madre de la mujer enferma y atentamente escucha las instrucciones del médico. El peso de la intensidad del sentimiento de preocupación de la obra recae en esta mujer, pues en su rostro se nota su estado de inquietud y temor por la enfermedad de su hija. Sin embargo, no presenta una expresión de desesperación, sabe que sus cuidados serán fundamentales para que sane y por ello intenta no perder detalle de todas las indicaciones impartidas por el médico.

Aquí es importante recalcar que el autor de la obra ha colocado a la madre en primer plano y ha representado su rostro de preocupación para simbolizar así el tradicional matricentrismo existente en la familia venezolana. Vethencourt (1974) y Moreno (2007) en sus respectivos planteamientos detallan los diferentes comportamientos o características generales de este tipo de familias, llegando a la conclusión de que el matricentrismo forma parte de nuestra cultura. Este papel principal o protagónico que tradicionalmente desempeña la madre en la crianza y cuidado de los hijos, se debe fundamentalmente a que es la madre la que en muchos casos no trabaja fuera del hogar y se queda en la casa atendiendo a la familia o es la madre soltera (o abandonada) que saca a sus hijos adelante sola, sin ayuda del padre.

Otro de los personajes presentes es una niña de alrededor de siete años en quien la anciana mujer apoya su brazo derecho. Podría tratarse de la hija menor de la mujer enferma, pues también pareciese tratar de entender las instrucciones del médico. Detrás de la anciana se encuentran también una muchacha y un joven, posiblemente los hijos mayores de la paciente, quienes igualmente y con rostros de preocupación, intentan captar las recomendaciones.

En la puerta de la habitación se ubican una joven mujer y cuatro niños descalzos, el más pequeño de ellos es un bebé semidesnudo en brazos de otra niña. Podría tratarse de la hermana de la mujer enferma y sus cuatro hijos, quienes también habitan en la misma casa y que al estar preocupados por la enferma se quedan observando en la entrada del cuarto pero sin participar directamente en la conversación con el médico.

Es importante destacar que, en la obra hay una ausencia absoluta de la figura paterna, pues la mujer enferma, su joven hermana y su anciana madre al parecer no cuentan con el apoyo masculino en esta situación familiar de preocupación por causa de enfermedad. Lo que confirma aún más el matricentrismo venezolano.

El personaje principal de esta obra es sin duda la figura del médico, el doctor José Gregorio Hernández, el cual ha sido cuidadosamente iluminado por el artista. En la escena está representado con su usual traje negro y se encuentra preparando alguna medicina que ayudará a la persona enferma a restablecer su salud. Su expresión es serena y transmite seguridad, lo cual evidencia sus conocimientos acumulados durante largos años a lo largo de su carrera profesional.

También podemos apreciar que la familia de la mujer enferma se encuentra en una actitud de cierta supeditación y confianza absoluta ante la figura del médico. La anciana madre (o abuela) está encorvada y eleva su mirada hacia el doctor; la niña pequeña que la acompaña, desde su baja estatura, escucha y mira también al médico; la muchacha y el joven que se encuentran detrás de la anciana también elevan sus ojos tímidamente hacia el médico; la joven y los niños que se encuentran en la entrada de la habitación pareciesen escuchar (y algunos mirar) con preocupación al doctor. En contraposición a estos, se presenta al médico a cuerpo completo, de pie y completamente erguido, realizando su labor desde un plano central y más elevado que los miembros de la familia.

Asimismo se hace notoria la luz solar que entra perpendicularmente por la ventana e ilumina de una forma especial la cabeza del médico, como para resaltar la importancia de los conocimientos científicos acumulados en su cerebro. En este sentido, vuelvo a afirmar que el mundo que se representa en la obra es el sentimiento de preocupación de la familia por la enfermedad de uno de sus miembros y la importancia de la medicina como única esperanza para su sanación.

De esta manera, pareciera que el pintor quisiera recalcar la importancia que ya se le daba al conocimiento científico en la época y los logros que la medicina debía continuar acumulando. Así, la obra representa también una especie de exhortación para que prosigan las investigaciones y avances en el campo de la medicina que contribuyeren continuamente a salvar más vidas en una época en donde todavía ciertas enfermedades endémicas carecían de un tratamiento médico efectivo para su cura. Por tanto, al contemplar este cuadro podemos hacernos cargo no solo de la preocupación de una familia por un miembro enfermo o de la esperanza puesta en el médico sino, incluso, de la preocupación de todas las familias que han clamado en el pasado y de aquellas que continúan clamando en el presente para que la ciencia médica consiga la cura de tantas enfermedades que han afectado a las personas a lo largo de la historia, es así como a través de la obra podemos viajar en el tiempo y ubicarnos a finales del siglo XIX o principios del XX para comprender el pasado y al mismo tiempo hacer una extrapolación hacia el presente que nos permite también comprenderlo mejor y comprendernos a nosotros mismos.

Esta forma de percepción de la obra nos lleva a una especie de experiencia catártica. En el siglo IV a.c Aristóteles en su Poética describe la catarsis como una facultad de la tragedia

para purificar al espectador de sus propias malas pasiones al verlas en las actuaciones de los personajes, y al permitirle ver el castigo merecido e ineludible de las mismas; pero sin llegar a sufrir su cruel condena. Así, después de presenciar el desenvolvimiento de la obra, se comprenderá mejor a sí mismo, y evitará repetir las decisiones erróneas que condujeron a los personajes a su trágico final.

Más recientemente, entre 1881 y 1895 los principales precursores del psicoanálisis, Freud y Breuer (en Anzieu, 2004), retomaron el concepto de catarsis a través de la implementación de su denominado método catártico, el cual hace referencia a la expresión o evocación de una emoción o recuerdo reprimido durante el tratamiento psicoanalítico del paciente, lo que generaría una liberación inmediata de dicha emoción o recuerdo, pero con un impacto duradero, que le ayudaría a expresarse considerablemente acerca de aquello que le afecta y a entender mejor su propia emoción o acaecimiento.

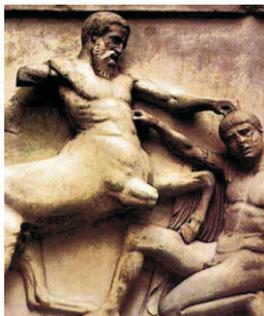
Es así como la pintura de Belsky también da lugar a conocimientos de origen moral, con lo cual se pretende guiarnos (aunque no directamente) a una idea específica acerca de lo que es considerado como bueno. Podría decir que en la obra se transmite el mensaje o consejo (por cierto muy usado en la actualidad) de que ante una enfermedad, lo mejor es recurrir inmediatamente al médico, para evitar el avance de la enfermedad que puede poner en riesgo la vida del enfermo.

En este sentido, lo que nos descubre la obra no es solamente el ser: la preocupación familiar ante la enfermedad y la búsqueda de su cura en la medicina sino también el deber ser: la visión de que efectivamente los conocimientos y habilidades del médico deberán ser capaces de devolver la salud al enfermo. Este deber ser, forma parte del inconsciente colectivo de la gente. Para Jung (1970), este inconsciente colectivo posee contenidos arquetipales observados ampliamente dentro de la mitología griega.

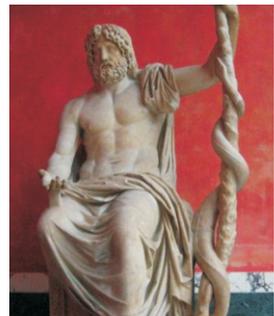
La figura que simboliza el médico permite remontarnos a la antigua Grecia por medio de sus tres dioses curadores y salvadores: Apolo, Quirón y Asclepio, arquetipos que han penetrado y sobrevivido en la historia de la humanidad hasta el médico moderno



Apolo



Quirón



Asclepio

(representado en la obra por el Dr. José Gregorio Hernández). De esta manera, considero que en la obra se da una especie de culto inconsciente a esos dioses, pues la esperanza para la sanación del enfermo se ha puesto explícitamente en la imagen del doctor venezolano.

En este sentido, creo conveniente ahondar en cada uno de los mitos de estos tres dioses griegos, como una forma de reconocer nuestra realidad humana. Estos mitos son símbolos que nos sirven de ayuda para explicar la razón de ser de la medicina en un contexto cultural.

Apolo: El dios que hiere y cura

Comienzo mi exposición sobre los arquetipos del médico con el dios Apolo, hijo de Zeus y de Leto, quien desde su nacimiento demostró su superioridad dentro de la mitología olímpica. Muchas son sus funciones dentro de la Grecia clásica, además de dios de la medicina y de la curación, también es el dios que hiere; del arco y la flecha; de las purificaciones; de la iluminación, la ley y del orden; de la música y la poesía; de la adivinación. Me concentraré en relacionar sus diversas funciones con la imagen arquetipal del médico que pretendo analizar en el presente ensayo.

Los símbolos de Apolo son diversos, destacando entre ellos el trípode, que representa su don adivinatorio; el laurel, que simboliza sus dones curadores (el laurel se usaba en la antigüedad como tónico estomacal y en el baño para aliviar los dolores de la artritis); y las flechas de oro que representa sus excelentes habilidades como arquero y cazador.

Recordemos que en la Odisea, las enfermedades de la gente se generaban por los dioses enfurecidos, por tanto, estos mismos dioses eran los únicos capaces de desaparecerlas. Por ello el reconocimiento de Apolo como un dios que podía traer la enfermedad y la plaga mortal, además de tener el poder de curarla. De igual forma, como cazador, se consideraba que sus flechas servían para advertir la llegada de enfermedades. De ahí sus otros apelativos como “el curador que hiere de lejos”, “el que envía enfermedades y el que las aparta”, “el que envía y aleja males”, entre otros (Graves, 1955).

Sin duda este sería el arquetipo más primitivo del médico y de la enfermedad: viene de afuera, es el dios quien la envía y es el mismo dios quien la quita o sana. Así, el que recibe la herida debe buscar qué deidad se la produjo y qué hacer para calmar al dios furibundo. El reconocimiento de Apolo como dios sanador parece al mismo tiempo estar relacionado con el hecho del dios que hiere, más que de un dios herido (Celis, 2001).

Al considerarse Apolo como dios del arco y las flechas, también se le confiere su apelativo como el que hiere de lejos, lo cual implica además la frialdad y la distancia que Apolo siempre colocaba en las relaciones entre él y los hombres.

En el mito de Apolo, también actúa como purificador por excelencia de todos los males, pues él mismo hubo de purificarse después de matar a la serpiente Pitón. Apolo tuvo que

ir hasta el valle de Tempe en Tesalia para expiar la mancha de tal muerte, convirtiéndose así en el dios de las purificaciones (Graves, 1955). Además, Apolo teme a la muerte como la gran enemiga de su doctrina. Todo lo relacionado con la muerte, lo oscuro y sombrío es rechazado por él (Toro, 1992).

Apolo, como dios de la iluminación, la ley y el orden, representa la “claridad severa, espíritu superior, imperiosa voluntad para la prudencia, la medida y el orden” (Otto, 2003: 78). Representa así el espíritu helénico, civilizado, en equilibrio y armonía, lo inteligible, determinado y medible (Villalobos, 2004).

También como dios de la música y la poesía, fue el encargado de poner música en el Olimpo, acompañado por su lira amenizaba a los demás dioses e inspiraba a los poetas y oradores (Graves, 1955).

En la *Ilíada* se afirma que las flechas de oro de Apolo generan una maravillosa muerte, pues vuelan invisibles causando una muerte suave y sorprendente que conserva el semblante fresco del hombre como si estuviese durmiendo. Asimismo, en la *Odisea* se menciona una isla en la que no hay enfermedades malignas, cuando los hombres se hacen viejos, Apolo y su hermana gemela Artemisa acaban sus vidas con suaves flechas (Celis, 2001).

Como dios de la adivinación, las facultades mánticas de Apolo eran veraces e infalibles, pues revela a los hombres la voluntad de su padre Zeus, desvelando lo oculto y lo futuro en una elevación del espíritu (Celis, 2001).

En síntesis, estas descripciones de las funciones principales de la figura de Apolo, configuran sus rasgos arquetipales más sobresalientes:

- a) Hierde de lejos y puede curar a aquel que él mismo hierde;
- b) actúa como purificador por excelencia de todo mal;
- c) toma distancia y frialdad en el plano afectivo;
- d) representa la prudencia, la medida y la armonía;
- e) suele emplear la palabra y la música como elementos de curación;
- f) es ajeno a lo oscuro, a lo sombrío y a lo que se relacione con la muerte;
- g) ayuda al bien morir;
- h) posee facultades adivinatorias.

Todo esto permite afirmar que Apolo, como médico, representa la objetividad fría y distante de la ciencia, nunca se involucra, no participa, puede herir y también curar, ve lo que cree a la vez que prueba sus creencias con lo que ve. Apolo también es la luz y la razón. (Celis, 2001). Precisamente, esta última característica arquetipal apolínea sobre la luz fue plasmada por el pintor en el cuadro al iluminar cuidadosamente la cabeza de El Venerable para representar así su brillante sabiduría.

Posiblemente, sean estos rasgos arquetipales apolíneos, los que inconscientemente condujeron al doctor José Gregorio Hernández (y a los médicos modernos) a basar su práctica médica en conocimientos científicos y experimentos comprobados, de una manera objetiva y racional para devolver la salud al enfermo. Igualmente, son estos mismos médicos los que frecuentemente pueden “herir” a sus pacientes a través de fuertes y dolorosos tratamientos que serán necesarios para poder “curar” la enfermedad de los mismos.

Quirón: El dios curador-herido

Otro de los dioses griegos relacionados con la medicina o con el acto de curar es el centauro Quirón. Su filiación mitológica más común lo ubica como hijo de Cronos (esposo de Rea) y de la ninfa Fílira. Según el mito, esta ninfa se convirtió en yegua para escapar del acoso de Cronos, quien a su vez también mutó volviéndose caballo para poder tomarla por la fuerza. De esta unión nació Quirón, quien fue rechazado y abandonado por su madre desde su nacimiento por haber nacido mitad humano y mitad caballo (Grimal, 2008).

Quirón es adoptado luego por Apolo, quien le educa y le transfiere muchos de sus conocimientos en medicina. Por ello, además del aspecto instintivo de los centauros mitológicos, en Quirón destacan aun más la sabiduría y la razón luminosa apolínea. Además, su inteligencia, prudencia y carácter bondadoso lo convirtieron en maestro de muchos héroes griegos, entre los que destacan Aquiles, valiente guerrero que participó en la guerra de Troya; Jasón, líder de los Argonautas en su búsqueda del Vello de Oro; y Asclepio, el más famoso médico de la Grecia Clásica, a quien Quirón enseñó el arte de la cirugía y el uso de medicinas, hechizos y pociones utilizando las venas de las plantas (Sanz, 2002).

La historia de Quirón lo transforma en un dios curador-herido. Heracles, en una lucha contra los centauros, hiere accidentalmente a Quirón en una pierna con una flecha envenenada con sangre de la Hidra de Lerna. A pesar de que le fue extraída la flecha, le quedó una dolorosa herida que ni sus propios conocimientos médicos fueron capaces de curar y que dada su condición de inmortalidad, lo condenó a sufrir fuertes dolores por siempre. Cansado de tanto sufrimiento y de su vida eterna, renuncia a su inmortalidad cediéndosela a Prometeo.

En los rasgos arquetipales característicos de Quirón, se integran la sabiduría (de su aspecto humano) con lo instintivo (de su aspecto animal), además esta sabiduría la transmite a sus discípulos en su labor de enseñanza. Representa el arquetipo del curador herido porque en el plano afectivo se involucra con el que sufre, su dolor físico o su cansancio de ser inmortal lo hace renunciar a su condición de dios para convertirse en un hombre mortal (Celis, 2001: 48).

No solo en el interior del paciente existe un médico (el factor curativo interno de la persona) sino también que todo médico es a la vez un paciente, porque el verdadero médico debe tener una clara conciencia de la enfermedad, es por eso que escogió ser médico (Celis, 2001).

Por ello, la figura de Quirón representa además de sabiduría, también altruismo y empatía. Se dedicó a aliviar los dolores de los otros aprendiendo de su propio sufrimiento y deja una enseñanza en su modo de superar la contradicción. Podría deducir que muchas veces el mejor curador es aquel que cura estando enfermo o herido porque entiende y siente en carne viva lo que el enfermo sufre.

¿Serán acaso los problemas de salud que experimentó José Gregorio Hernández durante su permanencia en las órdenes religiosa europea, lo que afianzó su vocación para curar a los más necesitados, entendiendo su dolor y convirtiéndose en un médico muy querido por sus pacientes? Teniendo en cuenta el arquetipo del curador herido, muy probablemente la respuesta sea afirmativa.

Asclepio: El dios de la medicina

En la mitología griega, Asclepio es considerado el dios por excelencia de la medicina, una especie de héroe de la curación. Este dios se representa comúnmente apoyado en un bastón en el cual se enrolla una serpiente (el mismo símbolo del bastón y la serpiente que se usa en la medicina moderna). Según la versión más común es hijo del dios Apolo y de la ninfa Corónide, la cual estando embarazada fue asesinada por el mismo Apolo por haberle sido infiel. Al morir, Apolo le sacó del vientre a su hijo Asclepio y se lo entregó al centauro Quirón para que lo educara, conjuntamente con él, en el arte de la medicina. Fue así como Asclepio aprendió durante su vida a conocer las plantas medicinales, a utilizar pociones sanadoras y hasta fórmulas mágicas, así como a realizar intervenciones quirúrgicas para curar a los enfermos.

En su educación también participó Atenea, quien le entregó dos vasijas con la sangre de la Gorgona (monstruo femenino y deidad protectora). Una contenía sangre envenenada (portadora de la muerte) y la otra tenía propiedades para devolver la vida a los muertos (portadora de la salvación). Por ello Asclepio además del don de la curación de los enfermos también poseía la gracia de la resucitación de los muertos, devolviéndoles la vida a muchas personas (Villalobos, 2004).

En la Ilíada se citan dos hijos de Asclepio con su esposa Epione: Macaón y Podalirio, ambos médicos. El primero era considerado el primer cirujano y el segundo era el curador de enfermedades no visibles. En leyendas posteriores también se habla de otras cinco hijas: Panacea, quien representa la curación universal por medio de hierbas; Yaso, quien simboliza la curación; Hygieia, quien personifica la salud y es la divinidad acompañante de Asclepio, no posee historia propia, solo en el séquito de su padre; Aceso, quien simboliza

la sanación y Egle, quien representa el brillo sanador (Scott, 2004).

El don para resucitar a los muertos fue lo que condujo a Zeus a acabar con la vida de Asclepio con un rayo mortal. Zeus temía que los hombres aprendieran de Asclepio el arte de resucitar y que luego se ayudaran entre ellos desobedeciendo así la ley mortal impuesta a la naturaleza humana, lo cual complicaría el orden del universo. Apolo en venganza por la muerte de su hijo mata a los Cíclopes que realizaron el rayo asesino (Scott, 2004).

Los grandes dones curativos y de resucitación de Asclepio hicieron de él un ser respetado y venerado por los antiguos griegos. En su honor se levantaron diversos santuarios por toda Grecia, siendo el más conocido el de Epidauro, donde se creó también una escuela de medicina. En estos santuarios se le rendía culto al dios y a la vez se practicaban rituales de curación, los cuales consistían fundamentalmente en incubarse, es decir, dormirse en el suelo sagrado en espera de la aparición del dios durante el sueño. Si Asclepio aparecía, tocaba y curaba la zona afectada del enfermo o le hacía ver en la secuencia onírica los medios para curar su mal. Luego el enfermo debía contar su sueño al sacerdote del santuario para que lo interpretara y diera a los médicos las instrucciones curativas. Este mito de Asclepio condujo a la implantación de una nueva fe curativa en los griegos antiguos (Scott, 2004).

De acuerdo con la creencia de los griegos, todos los médicos descendían de Asclepio y eran considerados sus hijos. Para los médicos griegos solo este dios de la medicina podía ayudar trayendo la luz que permitiría una creciente concientización, por tanto, la labor del médico era preparar el campo para que el dios hiciera presencia (Celis, 2001).

Sus extraordinarios maestros (Apolo, Quirón y Atenea), sus atributos (el bastón y la serpiente), sus hijos médicos y sus discípulos, dan cuenta de la complejidad de los rasgos arquetipales de Asclepio.

Como hijo de Apolo hereda su luz, su perfección, su frialdad y sus facultades mánticas (los sueños reveladores forman parte de sus rituales curativos). Como discípulo de Quirón, también lleva una herida pues padece el sufrimiento y la muerte. Su madre es asesinada por su padre antes de su nacimiento y su desmesura y ambición en su poder de resucitación lo llevan a la muerte. También, al igual que Quirón estuvo relacionado con la enseñanza, pues sus discípulos fundan una escuela de medicina en su honor para la difusión de los conocimientos y prácticas médicas.

Sus atributos son el bastón del médico que va de un sitio a otro y la serpiente que representa lo instintivo y que con su cambio de piel simboliza también la sanación y resurrección, a la vez que veneno y contraveneno. Asimismo, las dos copas de sangre de la Gorgona entregadas por su maestra Atenea, le daban el poder de resucitar muertos o de matar rápidamente. Todo ello representa el equilibrio que debiera imperar en toda

práctica médica, “el de salvar pero también la posibilidad de destruir” (Celis, 2001: 63).

Siendo padre de médicos e hijo también de un dios curador, con Asclepio nace la costumbre de la transmisión de saberes médicos dentro de la familia, de generación en generación.

Las características arquetipales de Asclepio lo muestran como un médico divino, que conjuga la luminosidad interior del conocimiento con la intuición propia del médico en su pretensión de socorrer al adolorido. Aquel médico que ayuda al necesitado sin importar su clase social, “el humanitario, con todos sus rasgos, incluyendo la codicia, la avidez y la desmesura” (Celis, 2001: 63).

Esta desmesura en la resucitación de los muertos, puede verse muchas veces en el médico de nuestros días, quien seguramente en tantas oportunidades habrá intentado con gran esfuerzo y determinación, devolver la vida a su paciente con mecanismos de resucitación cardio-pulmonar y otros procedimientos médicos. Algunas veces con éxito y otras sin este, pero siempre con la intención y el deseo de poder lograrlo.

¿El doctor José Gregorio Hernández habrá intentado alguna vez resucitar a algún paciente como lo hacía el dios Asclepio? Sus sólidos conocimientos médicos y su faceta caritativa, de entrega y ayuda a los más necesitados me hacen pensar que muy probablemente sí lo intentó en gran cantidad de oportunidades. Incluso, después de muerto, miles de testimonios dan fe que el mismo doctor Hernández se ha presentado en sueños a sus pacientes (tal como lo hacía Asclepio) y ha realizado intervenciones quirúrgicas con resultados exitosos en la curación de diversas patologías. Incluso, ha habido casos en que el paciente estando declarado clínicamente muerto, vuelve a la vida después de algunos minutos y al regresar a la vida recuerda haber visto a su sanador José Gregorio Hernández. Todas estas historias dan cuenta de los innumerables milagros que se le atribuyen a este médico, comúnmente denominado El Siervo de Dios.

Reflexiones finales

Las culturas primitivas consideraban la enfermedad como un fenómeno sobrenatural que precisaba una intervención fantástica o divina para superarla. A medida que las culturas han ido alcanzado un mayor grado de conocimiento, ha ido desapareciendo esta concepción “mágica” de la medicina y ahora esta arte se apoya fundamentalmente en los conocimientos científicos y en los avances técnicos para llevar a cabo su cometido.

Sin embargo, en las profundidades del inconsciente colectivo de la gente sobrevive seguro el arquetipo arcaico del médico. Este arquetipo, que permanece dormido cuando se goza de salud, emerge y actúa con fuerza cuando la enfermedad aparece, pues el individuo cuando está enfermo experimenta una especie de estado de regresión y misteriosamente este arquetipo florece. El paciente, en su estado de fragilidad física y psíquica, coloca en su médico un presunto “saber” y este lo toma haciéndolo suyo, de

manera que por medio del poder transferido al médico por el enfermo, este galeno encarna el arquetipo “divino” apolíneo, quironiano y asclepiano.

Recordemos que para Jung (1970), los arquetipos son contenidos arcaicos del inconsciente, comunes a todos los humanos, transmitidos genéticamente de una generación a otra desde tiempos remotos. Por tanto, siempre han estado y seguirán estando sin importar el tiempo ni el espacio. Al igual que nuestros tres dioses griegos de la curación y la medicina (Apolo, Quirón y Asclepio), el propio doctor José Gregorio Hernández es considerado en sí mismo un arquetipo del médico, que continúa habitando en el inconsciente del venezolano de nuestros días.

REFERENCIAS

- Alegría, C. (1970). Figuras médicas venezolanas. Caracas: I. Pulmobronk.
- Anzieu, D. (2004). El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis. México: Siglo XXI.
- Aristóteles, (Sin fecha). El arte poética. [J. Goya Trad.]. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/01338308622026274866802/index.htm>.
- Arteta, F. (2006). Historia de Ascardio. Recuperado de: <http://www.ascardio.org/ascardioweb/saciverinformacion.php?id=000000002>.
- Briceño, L. (2005). José Gregorio Hernández, su faceta médica (1864-1919). Gaceta Médica de Caracas. Vol. 113 n. 4. dic. 2005. Caracas
- Castañón, J. y Noguera, N. (1964): El libro de Mérida. Caracas: Arte.
- Celis, E. (2001). Imagen y Arquetipo del Médico. Valencia: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad de Carabobo.
- Espinoza, H. (2011). El Héroe que llevamos dentro. Valencia: Dirección de Medios y Publicaciones –Asociación de Profesores de la Universidad de Carabobo.
- Graves, R. (1955). Los mitos griegos. Madrid: Alianza.
- Grimal, P. (2008). Diccionario de la mitología griega y romana. Barcelona: Paidós.
- Jung, C. (1970). Arquetipo e Inconsciente Colectivo. Barcelona: Paidós.
- Moreno, A. (2007). La familia popular venezolana. Caracas: Fundación Centro Gumilla. Universidad Católica Andrés Bello.
- Otto, W. (2003). Los dioses de Grecia. Madrid: Siruela.
- Papp, D. y Agüero, A. (1994). Breve Historia de la Medicina. Buenos Aires: Claridad.
- Sanz, M. (2002). Mitógrafos griegos. Madrid: Akal.
- Scott, C. (2004). Mitología. Antología ilustrada de mitos y leyendas del mundo. Barcelona: Blume.
- Toro, B. (1992). Apolo y Dionisios: La integración de la sombra. Caracas: Ediciones de la Universidad Central de Venezuela.
- Vethencourt, J. (1974). La estructura familiar atípica y el fracaso histórico-cultural en Venezuela. Revista SIC, n. 362: 67-69. Caracas
- Villalobos, M. (2004). A puntadas. Cuaderno de Mitología Griega y Psicología Arquetipal. Caracas: Comala.
- Vinicio, M. (2001). Encantadores Pueblos de Mérida. Madrid: Litocentro.iv. Press.